

## Del buen uso de los métodos y testimonios orales en las ciencias sociales

*Catherine Héau de Giménez \**

En el momento en que el debate político norteamericano se organiza alrededor de la xenofobia, del racismo, del rechazo a la inmigración y del *medicare*; y cuando en México se premian casi exclusivamente trabajos en ciencias sociales que toman a las élites como objeto de estudio, nos parece importante presentar parte del actual debate sociológico francés que gira en torno al mundo de los excluidos. En efecto, el conocimiento de los de abajo remite a la nunca acabada discusión entre estructuras objetivas y vivencias subjetivas, entre formas escritas y formas orales de conocimiento. Nos referiremos aquí a dos trabajos que plantean, cada cual a su modo, el problema del racismo y de la marginación a través de la palabra oral y del testimonio en vivo, es decir, de la voz viva de los propios actores sociales. El primero es el libro de Michel Wieviorka, discípulo de Touraine, *La France raciste*<sup>1</sup>; y el otro es el de Pierre Bourdieu, titulado *La misère du monde*<sup>2</sup>. Ambos autores trabajan a partir de testimonios orales.

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia

<sup>1</sup> Wieviorka, Michel. *La France raciste*. Editions du Seuil, París, 1992, 390 páginas.

<sup>2</sup> Bourdieu, Pierre, *La misère du monde*, Editions du Seuil, París, 1993, 945 páginas.

## Oralidad y ciencias sociales

La enseñanza socrática se basó en la interacción oral entre maestro y alumno. En este mismo espíritu, el cientista social moderno intenta hacer brotar de la entrevista tanto una realidad objetiva, como subjetiva.

Desde siempre el método antropológico se ha basado en la observación participante y en un diálogo permanente con los informantes que se vuelven la fuente de todo conocimiento. Luego, a fines del siglo XIX, en medio del auge positivista, surge, dentro de la escuela francesa de sociología, el llamado “método sociológico” como contrapeso al “subjetivismo” del método antropológico. La sociología se reivindica inicialmente como una ciencia cuyo método de conocimiento debe ser totalmente objetivo: “Lo social se explica por lo social”, advierte Durkheim, descartando así al individuo como fuente del conocimiento sociológico.

En la misma época y cediendo siempre al ímpetu positivista, la historia finca su cientificidad en lo escrito y desconfía de los testimonios individuales. La oralidad es ubicada en la esfera de la subjetividad, mientras que la escritura, gracias a sabe Dios qué malabarismo epistemológico, es valorada como lo más cercano a la objetividad.

A mediados del siglo XX, el sujeto individual prácticamente había desaparecido de las ciencias sociales. La realidad se había vuelto objetiva y estructurada. Se despreciaba tanto al actor social individual como al componente “vivido” de esa realidad. La antropología fue relegada al rol de ciencia auxiliar. Las biografías se consideraban como novelas. El libro de Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez*, basado en historias de vida, fue recibido como un reportaje informativo, o, a lo sumo, como un guión cinematográfico. Pese a todo, la antropología siguió trabajando a partir de documentos orales, y muy pronto este procedimiento fue imitado por la más antigua de las ciencias sociales: la historia. En efecto, la nostalgia, por un lado, y el compromiso

militante, por el otro, contribuyeron a que el relato biográfico volviera a situarse en el primer plano de la escena. Se reivindicó para la historia oral títulos de nobleza y cientificidad. Le fueron reconocidos incuestionables méritos académicos. En fin, la fascinación por las “raíces” narradas propició una ola de literatura histórico-antropológica que obtuvo gran éxito de librería. Y finalmente también la sociología “positiva”, rama de las ciencias sociales con mayores pretensiones de ciencia dura, terminó por ablandarse llegando a aceptar entre sus métodos de investigación la entrevista oral o por cuestionario.

La sociología positiva siempre ha trabajado con base en cuestionarios y gran parte de la sociología aplicada se dedicó a grandes encuestas que a menudo desembocaron en la industria de los sondeos de opinión (*survey*). Por lo tanto, una acumulación de datos individuales autorizaba, empíricamente, a sacar conclusiones generales y generalizables. El sujeto entrevistado se veía sometido a una rígida serie de cuestiones que finalmente orientaban sus respuestas. El individuo sólo proporcionaba datos y sus vivencias se perdían en el anonimato. La realidad debía ser una construcción objetiva y no se conceptualizaba su parte subjetiva.

La reacción etnometodológica en los Estados Unidos se fue al otro extremo y privilegió en exceso la construcción subjetiva de la realidad. Un fenómeno similar se dio con la historia. Frente a la visión ampliada de la historia, al estilo de Braudel, se produjo una estampida hacia la microhistoria, la historia local, las “matrias”, las biografías, que proporcionaban una visión caleidoscópica de la sociedad. Este regreso avasallador de la subjetividad en las ciencias sociales requiere de la comunicación oral para establecer el vínculo entre el cientista social y sus “objetos de estudio”, que ahora son esos personajes cuyas vivencias parecen reflejar el funcionamiento de la sociedad. Después de tantos esfuerzos por parte de los comunicólogos para integrar lo social estructurado dentro de sus modelos de estudio, he aquí que

*La oralidad  
es ubicada en  
la esfera de la  
subjetividad,  
mientras que  
la escritura es  
valorada como  
lo más cercano a  
la objetividad.*

*Las ciencias sociales parecen tomar conciencia del peso de la comunicación y del modelo comunicativo, que enfatiza la interacción subjetiva, para captar la realidad.*

el resto de las ciencias sociales parece tomar conciencia del peso de la comunicación y del modelo comunicativo —que enfatiza la interacción subjetiva— para captar la realidad. De ahora en adelante el historiador y el sociólogo deberán prepararse para ser buenos entrevistadores.

Actualmente se tiende a reconsiderar la subjetividad del actor social y a integrar “el papel del individuo como parte de la estructura de interpretación”<sup>3</sup> recurriendo a las historias de vida que se basan “en una combinación de exploración y preguntas dentro del contexto de un diálogo con el informante”<sup>4</sup>. Se abandona así el anonimato y se busca integrar la subjetividad y las representaciones sociales a la comprensión del actor social individual o colectivo. No basta entender las causas objetivas de un problema social. Se requiere también conocer la manera en que ese problema es vivido para poder remediarlo, según Vieworka; o simplemente para explicarlo y estructurarlo como objeto de estudio, según Bourdieu, para quien el conocimiento científico no debe mezclarse con la práctica militante.

La sociología contemporánea ha constatado que “para el estudio de los sectores populares o de aquellos grupos usualmente olvidados por el registro de la historia [...] la historia oral se ha vuelto insustituible [...] y selecciona nuevos sujetos sociales antes no considerados”<sup>5</sup>. Es así como a través de la entrevista extensa se pretende captar (¿entender?) cómo viven los excluidos del estado benefactor (Bourdieu) o cómo se puede, por medio de la comprensión, cambiar una realidad considerando el efecto acumulativo de la presión individual en la naturaleza del cambio social. En lo que sigue intentaremos precisar el rol de la comunicación oral en la sociología actual.

Mucha tinta ha corrido ya celebrando los logros de la antropología y de la historia oral. Ejemplifiquemos ahora el

<sup>3</sup> Thompson, Paul, *Historia Oral*, Jorge Aceves (comp.), Instituto Mora/UAM, México, 1993, p. 129.

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 123.

<sup>5</sup> Aceves, Jorge, *Op.cit.*, p. 15-16.

renovado interés de la sociología hacia la subjetividad con las dos obras antes mencionadas: *La France raciste* de Michel Wieviorka y *La misère du monde* de Pierre Bourdieu.

La primera trabaja a partir de confrontaciones o debates sobre un tema, mientras que la segunda recoge una larga serie de testimonios y desahogos individuales estimulados discretamente por el entrevistador. Ambos autores intentan aprehender un problema en sus mismas fuentes sociales y culturales, más que en sus expresiones doctrinarias o en sus manifestaciones más directamente ideológico-políticas. Sin embargo, la *intervención sociológica* practicada por el equipo de Wieviorka centra todas las discusiones alrededor de un tema pivote o problema social, mientras que el rosario de entrevistas individuales que nos entrega el equipo de Bourdieu nos proporciona vivencias problemáticas o conflictivas entre un individuo y su entorno. Pero si bien Bourdieu intenta personalmente generalizar y plantear problemas generales de la sociedad francesa, sus colaboradores parecen menos hábiles.

### Una intervención sociológica

Michel Wieviorka forma, con un equipo de sociólogos, el grupo Centro de Análisis y de Intervención Sociológica (CADIS). Este grupo ha realizado un extenso trabajo sobre el racismo en Francia acumulando 500 horas de entrevistas individuales y más de 200 horas de encuentros colectivos. Lo que Michel Wieviorka reseña y sistematiza en su obra es el resultado de este trabajo. En su presentación hace un balance de las dos grandes maneras de trabajar con los testimonios orales. La primera construye un *corpus* que sirve como base para realizar un análisis de contenido, utilizando los aportes de la semiología o de la lexicología. Este método corre el riesgo de postular una cierta unicidad de los discursos. La segunda, que es más cuantitativa, intenta medir el impacto de cierto tipo de discurso sobre la

población, recurriendo a sondeos y análisis estadísticos de datos.

Actualmente, se enfatiza el hecho de que todo problema social es a la vez discurso y práctica que revisten múltiples formas. Por lo tanto, resulta necesario estudiarlo *en situación*, ahí donde los actores sociales construyen sus representaciones y las producen verbalmente. Para algunos el oficio de sociólogo no debe limitarse a recabar información oral y a desmenuzar los discursos sociales: el sociólogo debe utilizar también su oficio para ponerse al servicio de una comunidad analizando de viva voz con ella sus problemas. Para ello se requiere organizar grupos en torno a una problemática concreta y fomentar una serie de encuentros en los que los participantes expresan verbalmente el problema y lo analizan. Aquí intervienen los investigadores para retomar y presentar los diversos planteamientos del grupo, que van desde dejar la situación tal como está –el inmovilismo– (lo que equivale a dejar empeorar la situación), hasta emprender acciones concretas y puntuales, al alcance de la ciudadanía y susceptibles de desbloquear la situación.

Tomando como telón de fondo el resurgimiento del racismo y el éxito electoral del Frente Nacional (extrema derecha) en Francia, Wieviorka analiza las condiciones que son el caldo de cultivo del racismo y que según el mismo son las siguientes:

1. Condiciones estructurales de la sociedad: el debilitamiento del sindicalismo obrero (el individualismo promovido por el neoliberalismo diluye el concepto englobador de “proletario” para valorizar al individuo y su rendimiento a destajo, por lo cual cada obrero tiende a demarcarse y diferenciarse de los demás); y el fin del Estado-providencia y de la “sociedad industrial” donde había trabajo para todos (ahora los despidos están a la orden del día y afectan en mayor medida a los inmigrantes).

2. Condiciones particulares del mundo de los inmigrantes: éstos ya no regresan a su país de origen, se establecen en Francia y traen a sus familias (con todo su patrimonio de prácticas culturales particulares) justamente cuando se inicia un ciclo de crisis económica que ya no permite ubicarlos ni siquiera en el último escalón de la estratificación social, sino simplemente fuera de la sociedad.

La crisis económica conlleva la degradación de los barrios donde los “blancos” se sienten desamparados ante el derrumbe de sus niveles de vida y envidiosos ante los inmigrantes que demuestran ser capaces de reorganizar sus redes de sociabilidad y de solidaridad, así como de reforzar sus identidades comunitarias o religiosas (Islam). Para los inmigrantes, la exclusión social viene acompañada de una exclusión territorial que los ha relegado a los suburbios de los centros urbanos, donde reactivaron su cultura y costumbres. Esta segregación favorece el racismo. Los franceses ven con angustia disminuir la influencia de su país en el mundo y tienden a vertir su angustia sobre los inmigrantes que sirven de chivo expiatorio.

Después de exponer como queda dicho las condiciones generales que ensancharon el espacio del racismo, Wieviorka se propone llegar hasta el meollo de las realidades que son producto de la mutación de la sociedad, aunque responden a diversos itinerarios sociales y a lógicas de acción diferentes que se van moldeando en el transcurso de los grandes cambios que encaminan a la sociedad francesa hacia la pos-industrialización.

Wieviorka y su equipo van a trabajar ahora a partir del discurso cotidiano del racismo, pero un discurso espontáneo que brota de un diálogo entre los involucrados. El material colectivo recopilado es completado por entrevistas individuales. El libro que resulta de este trabajo presenta cuidadosamente el entorno socio-político de cada lugar estudiado y luego procede a elaborar el análisis de cada situación

concreta. En ningún momento se transcriben las entrevistas o sesiones de trabajo. Lo que se elabora es un metadiscurso sobre el discurso racista.

El equipo organizó en tres ciudades su “intervención sociológica”, es decir, una larga discusión (30 o 40 horas) sobre el tema del racismo con un grupo de vecinos. Antes de reunirse con el grupo, el investigador entrevistó a personajes claves: un magistrado, ya que se supone que la justicia no cumple con sus obligaciones; un comisario de policía, ya que la policía parece impotente ante los “desmanes” de las bandas juveniles; uno o dos jóvenes de familia de inmigrantes, ya que serían el corazón de la delincuencia; al alcalde de la ciudad o uno de sus colaboradores cercanos; un diputado; un representante del Frente Nacional, etc. En seguida, el investigador presenta al grupo un análisis de estas entrevistas así como el racismo que evidenciaron. Esta presentación da lugar al primer debate. En la última fase del trabajo se da realmente la *intervención sociológica* que tiene su origen en la sociología de la acción de Alain Touraine.

El principio determinante es el diálogo entre actores sociales de opiniones encontradas. Al estar frente a un interlocutor, el grupo debe ir más allá del discurso espontáneo y de las ideologías; se establecen relaciones en las que cada participante debe tomar en cuenta las posiciones de los demás; cada quien da testimonio de su acción pero también reflexiona sobre sus dificultades.

Después de haber dialogado con sus interlocutores:

el grupo, ayudado por el investigador, se vuelve analista de su propia acción. Procede en dos etapas. La primera consiste, por parte de los investigadores, en organizar ruedas de pláticas sistemáticas con debates en profundidad acerca de los principales temas que surgieron durante la investigación, de modo que se puedan clasificar las diferentes posiciones de los participantes así como también la variedad, la estabilidad o la inestabilidad de sus orientaciones. La segunda, decisiva, es aquella en la que los investigadores presentan a los actores un razonamien-

to de conjunto y un cuerpo de hipótesis sobre la naturaleza de su acción, y les pide involucrarse con estas hipótesis, asumirlas y hacerlas trabajar. Los efectos de este esfuerzo de los investigadores sobre el grupo son un *test* del razonamiento. Si es aceptado, pero los miembros del grupo rehusan apropiárselo para leer mejor su propia práctica, o si llana y sencillamente es rechazado, esto significa que no es pertinente. Cuando, por el contrario, acrecienta la capacidad de conocimiento de los actores sobre sí mismos, permite una mejor inteligibilidad o introduce una mejor claridad en los debates, esto indica una cierta pertinencia.<sup>6</sup>

### **De la miseria del mundo a la miseria de la sociología**

La intervención sociológica debe cuidarse de la convivencia con el entrevistado, lo que aboliría la distancia necesaria para el análisis (el “descentramiento” de Piaget). Pero tampoco debe caer en el rechazo y mucho menos en la repulsión, ya que ello impediría comunicarse realmente con los actores.

Cuando Wieviorka estudió el racismo tuvo que cuidarse del segundo escollo, mientras que el equipo de Bourdieu, al estudiar la miseria, tuvo que aprender a mantener su distancia aun cuando la empatía era natural y espontánea.

Pierre Bourdieu emprendió durante tres años una gran encuesta sobre las dificultades de vivir sin recursos. No se remitió a cuestionarios, sino a entrevistas individuales que transcribe aquí bajo la forma de “estudios de caso”. El analista intenta volverse transparente para que el entrevistado olvide su presencia y hable libremente sin limitarse a un tema preciso. Sin embargo, el analista interviene discretamente en la entrevista y fuertemente en la lectura, ya que elabora un texto introductorio para cada entrevista para destacar sus rasgos pertinentes. Ahí expone las condiciones sociales y los condicionamientos que enmarcan al entrevistado, así como también su trayectoria, su formación y sus

<sup>6</sup> Wieviorka, Michel, *La France raciste*, Ed. Seuil, París, 1992, p.355-356

experiencias profesionales. De este modo la oralidad aparece complementada por la escritura.

La reunión de tantas vivencias particulares en un mismo libro produce un efecto “trágico” de visiones del mundo diferentes, como anuncia Bourdieu. La confrontación no se realiza aquí de viva voz, como ocurre con los grupos de intervención sociológica, sino por arte y magia del investigador que ha juntado los testimonios por medio de la escritura y de la lectura en un solo libro. Bourdieu descubre el hilo conductor cuando afirma que

incluso la experiencia de la posición ocupada en el macrocosmo social es determinada, o al menos alterada, por el efecto directamente experimentado de las interacciones sociales al interior de estos microcosmos sociales que son la oficina, el taller, las pequeñas empresas, el vecindario e, incluso, la familia extensa.<sup>7</sup>

Los textos introductorios son tan disparejos como sus autores. La mayoría pertenecen más al estilo biográfico –como la trama de una novela cuyo protagonista se halla desamparado ante un mundo hostil– que al estudio sociológico. Solamente los comentarios de Pierre Bourdieu nos restituyen puntualmente los vínculos entre la monografía (vivencia individual) y la estructura social global:

La voluntad enteramente loable de examinar las cosas personalmente y de cerca conduce a veces a buscar los principios explicativos de las realidades observadas allí donde no se encuentran (o no se encuentran todos, en todo caso), es decir, en el lugar mismo de la observación; así, por ejemplo, es cierto que la verdad de lo que ocurre en los “suburbios problemáticos” no radica en esos lugares ordinariamente olvidados que de tanto en tanto saltan al primer plano de la actualidad.

<sup>7</sup> Bourdieu, Pierre, *La misère du monde*, ed. Seuil, París, 1993, p.10.

Aquí Bourdieu supera el escollo de la etnometodología, reafirmando el vínculo (de doble sentido) existente entre micro y macrosociología gracias a la mediación del *habitus*.

La novedad del libro que estamos comentando no reside ni en su objeto de estudio ni en sus métodos de trabajo, sino en que estos objetos y estos métodos sean utilizados por una corriente sociológica que hasta ahora había insistido tanto en la dimensión estructurada y estructurante de los actores sociales (“hábitus”). Ahora se nos describe vívida y libremente “cómo” viven su pobreza los “excluidos” de la sociedad, cuáles son sus estrategias de sobrevivencia y cuál el peso de su aislamiento social. Se trata de los desechos (des-hechos) de la sociedad neo-liberal que se enfrentan como pueden al individualismo exacerbado de la sociedad moderna. Ellos no alcanzan siquiera a reagruparse para crear una nueva sociabilidad de marginados. Bourdieu nos trasmite el efecto económico y psicológicamente desestructurante de la sociedad actual. Sus entrevistados son agentes sociales sin papel social, desubicados en virtud de la dimisión del Estado-providencia. Les avergüenza tener que recurrir al apoyo familiar: consideran que el Estado debe hacerse cargo de ellos y no su familia. Recibir la ayuda familiar equivale a recibir caridad. El libro nos presenta el desamparo frente a la miseria de actores sociales que dejaron de serlo por ubicarse fuera de los circuitos de trabajo. Asistimos al surgimiento de una nueva categoría social cuyos componentes son víctimas sociales en lugar de actores sociales. Su “hábitus” social les impide reconstruir una red de solidaridad familiar o vecinal que son formas tradicionales de sobrevivencia en los países del Tercer Mundo. Intentan esconder su miseria. Viven frustrados y humillados. Manifiestan pasividad, ya que su agresividad se encauza hacia un Estado Benefactor que los traicionó y no hacia la reconstrucción de nuevas formas de redes sociales.

La acumulación de casos particulares desarticulados que no constituyen, no digamos ya un colectivo homogéneo, pero ni siquiera una categoría estadística, impide la reconstruc-

*El analista  
intenta volverse  
transparente  
para que el  
entrevistado  
olvide su presen-  
cia y hable  
libremente sin  
limitarse a un  
tema preciso.*

ción, por parte de los autores, de una memoria colectiva del abandono social. En efecto, un agregado de memorias individuales no conduce a la conformación de una memoria colectiva de las víctimas de la crisis contemporánea.

Sin embargo, Bourdieu vincula de inmediato el problema de la segregación social y racial a la “dimisión del Estado” (*la démission de l’Etat*) en una sociedad que tiende a asociar, por un lado, la eficacia y la modernidad con la empresa privada y, por otro lado, la ineficacia con el servicio público, lo que lleva a suplantar al usuario (público) por el cliente (privado):

Se pasa así de una política de Estado orientada a actuar sobre las estructuras mismas de la distribución a una política orientada simplemente a corregir los efectos de la distribución desigual de los recursos, es decir, a una *obra de beneficencia del Estado* destinada, como en los viejos tiempos de la filantropía religiosa, a los “deserving poors”. Estas nuevas formas de la acción del Estado contribuyen así, juntamente con el debilitamiento del sindicalismo y de las instancias movilizadoras, a la transformación del *pueblo* (potencialmente) movilizado en un agregado heterogéneo de *pobres* atomizados, de “marginados” recordados solamente cuando se convierten en problemas<sup>8</sup>.

Aparte de la miseria económica, el libro nos revela también otras formas de miseria social: la soledad y la angustia de la mujer ante una nueva libertad cuando su compañero ha dejado el hogar; o bien el desamparo de la mujer que siempre se dedicó a los demás y que al final de su vida se halla sola. La juventud también sufre ante un futuro sin porvenir, sea por falta de escolarización, sea por realizar estudios no deseados, enmarcados por un rígido sistema escolar que decide, por encima del alumno, de su orientación profesional. Tocamos aquí problemas de identidad (personal o social) que se acrecientan cuando se habla con los inmigrados. El libro no sólo trata de la miseria

<sup>8</sup> *Op.cit.*, p.223.

económica, sino de la miseria que brota del ser íntimo, cuando el entrevistado habla de su desgarramiento interior al no sentir vínculos de pertenencia con su entorno inmediato (familiar) o lejano (el argelino que no es ni de aquí ni de allá).

Se trata de socioanálisis individuales que sacan a flote los factores heterónomos heredados del pasado que conforman nuestras respuestas o actitudes ante la vida. Bourdieu y su equipo nos sumergen en la complejidad de lo social y hasta nos aturden, quizás para obligarnos a desprendernos de las cómodas explicaciones teóricas que privilegian o la “física social objetivista” o la “fenomenología social subjetivista”<sup>9</sup> y para llevarnos a “comprender”:

No se trata de operar la “proyección de sí mismo en el otro”, como dicen los fenomenólogos. Se trata de procurarse una *comprensión genérica y genética* de lo que es el otro, fundada en el dominio (teórico o práctico) de las condiciones sociales de las que es producto: dominio de las condiciones de existencia y de los mecanismos sociales cuyos efectos se ejercen sobre el conjunto de la categoría a la que pertenece (la categoría de los preparatorianos, la de los obreros calificados, la de los magistrados, etc.), y dominio de los condicionamientos inseparablemente psíquicos y sociales asociados a su posición y trayectoria particulares en el espacio social. Frente a la vieja distinción diltheyana, hay que plantear que *comprender y explicar son una misma cosa*.<sup>10</sup>

Finalmente, al descubrir que la entrevista es una relación social que implica “distorsiones” que pueden remediarse gracias a una larga familiaridad con el entorno del entrevistado (*cf.* el “discurso natural” en el sentido de Labov). Bourdieu acaba por coincidir con el método antropológico, procurando tener siempre presentes los condicionamientos de la relación desigual entre el entrevistador y el entrevis-

<sup>9</sup> *Actes de la Recherche*, 106-107, marzo 1995, ed. Seuil, París, p. 120.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 910.

tado, así como también tomar conciencia del desfase entre lo decible y lo indecible por parte del entrevistado.

### Conclusiones

*Al trabajar  
por medio de  
la palabra oral,  
el analista social  
rompe la fría  
uniformidad  
de las categorías  
sociales.*

A pesar de que se trata de trabajos muy diferentes, ambos autores intentan acercarse a una realidad –casi a una verdad– por medio de la palabra oral. Las entrevistas colectivas o individuales deben permitir a sus protagonistas organizar en un discurso explícito los fundamentos reales de sus frustraciones. Deben intentar tornar consciente lo inconsciente de modo que emerja una realidad susceptible de ser transformada. Sin embargo, en ambos casos hemos comprobado la enorme apatía de los actores sociales que los lleva al inmovilismo (que no debe confundirse con el conformismo, ya que son muy inconformes con sus destinos). Al no poder transformar su realidad, se ensimisman, se aíslan, en el mejor de los casos, o agreden al “extraño” en el peor (racismo).

Al trabajar por medio de la palabra oral, el analista social rompe la fría uniformidad de las categorías sociales y el espejismo teórico que tiende a presentarnos la sociedad como un ente claramente entendible.

Estos testimonios, más allá de la catarsis que implican, son una mina de datos para comprender y analizar la acción (o inacción) social. Wieviorka explica para intervenir y resolver, mientras que Bourdieu ilustra para “comprender tanto en su unicidad como en su generalidad los dramas de una existencia”<sup>11</sup>.

Queda demostrado, entonces, que la comunicación oral que se establece en procedimientos tales como las entrevistas libres o semidirigidas, así como también en las historias de vida (individuales o familiares), constituyen una fuente de conocimiento de primera importancia en el campo de las ciencias sociales.

<sup>11</sup>*Op. cit.*, p.912.

Sin embargo, se deben considerar también los límites de este enfoque. El investigador incauto puede pasar por alto la reflexión epistemológica y quedar atrapado en la pura fenomenología de los hechos relatados sin poder trascenderlos en ningún momento. Es lo que Bourdieu llama en su *Esquisse d'une théorie de la pratique*<sup>12</sup> “enfoque meramente fenomenológico” de los hechos sociales. Bourdieu no niega la importancia de este enfoque, como lo demuestra, entre otros, el trabajo aquí reseñado; pero tiene bien claro que es preciso trascender la fenomenalidad individual asumiéndola –sin perderla– dentro de una teoría más amplia que permita situarla y explicarla. En efecto, una cosa es la actitud del “participante” que trata de comprender lo que observa y lo que se le narra con fines prácticos, es decir, en vista de la militancia o para responder adecuadamente en las interacciones cotidianas; y otra cosa es la actitud del “observador” (el sociólogo o el antropólogo) que trata de comprender lo que observa y/o lo que se le narra para *explicarlos y comunicarlos* a una comunidad científica<sup>13</sup>. Nótese que nos estamos refiriendo a una distinción de papeles en términos epistemológicos, y no a una distinción real en la práctica personal de los sujetos, ya que nada impide que una misma persona pueda asumir en principio, en forma simultánea o sucesiva, ambos papeles. El sociólogo, por ejemplo, puede ser también un militante comprometido e incluso puede poner sus conocimientos al servicio de una causa. Pero no debe confundir la lógica de su ciencia con la lógica de la militancia política, por ejemplo. Por lo tanto, en cuanto sociólogo tiene que “descentrarse” con respecto a los procesos en los que se halla comprometido. Aunque sabemos desde Piaget lo difícil que resulta este “descentramiento” inherente al papel del “observador”

<sup>12</sup> Bourdieu, P., 1972, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Paris: Librairie Droz, p. 162 y ss.

<sup>13</sup> Veáse a este respecto el excelente artículo de Pizzorno, Alessandro, “Spiegazione come reidentificazione” en *Rassegna Italiana de Sociologia*, n.2, 1989. p.168 y ss.

cuando se trata de procesos en los que el propio investigador se halla personalmente involucrado; o también, en el caso de la comunicación oral, lo difícil que resulta controlar la interacción comunicativa para sustraerse a una empatía encefalecedora.

En conclusión, resulta muy importante revalorizar los métodos basados en la comunicación oral para obtener una comprensión profunda de la realidad social, pero a condición de trascender la fenomenalidad episódica; lo que requiere subsumir las experiencias y los hechos individuales bajo conceptos más generales y, mejor aún, desde una perspectiva comparativa. Es precisamente esto lo que Bourdieu intenta hacer en sus entrevistas –por lo menos declarativamente– cuando se esfuerza por explicar las experiencias puramente individuales de sus entrevistados a la luz de su teoría del *habitus* y de las *trayectorias* personales en los diferentes *campos* sociales. Es decir, Bourdieu y sus colaboradores adoptan la actitud del “observador” que trata de *comprender para explicar*, y no, por ejemplo, para provocar la compasión o para movilizar a la gente.

Por el contrario, Wieworka intenta combinar en su “intervención sociológica”, en forma alternada, los papeles del “participante” y del “observador” científico: *observar para explicar pero también para actuar* en favor de los grupos observados. Queda por averiguar si esta combinación de papeles ha sido realizada limpiamente y con éxito, es decir, sin menoscabo tanto de la lógica científica como de la del compromiso político-social<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Por lo demás, el problema de la observación fenomenológica individualizante a partir de la comunicación oral se plantea no solamente en antropología o en sociología, sino también en historia. Un historiador tan renombrado como Paul Veyne, plantea el mismo problema en el plano de la ciencia histórica. Por un lado, el historiador no puede evadir la descripción de las individualidades o particularidades históricas. Por otro, si quiere explicar y comprender la originalidad profunda del acontecimiento singular, tiene que subsumirlo bajo un concepto más general en una perspectiva comparatista. De aquí la proximidad entre historia y sociología. Cf. Paul Veyne, 1976, *L'inventaire des différences*, París: Seuil, p.43 y ss.

## Epílogo

Tanto Wievorka como Bourdieu descubren entre los franceses un individualismo tan radical y desmovilizador, que no permite iniciativas colectivas ni el establecimiento de nuevas redes de solidaridad. Esta coincidencia de fondo nos estimula a interrogarnos sobre el significado—contextual y no deliberado— de ambos trabajos. ¿Será un llamado implícito a repensar la política desde abajo, a reorganizarse fuera de las organizaciones tradicionales, a comunicarse para reasumir, por cuenta propia, una vida que se había entregado al Estado benefactor? ¿Será un llamado para reconstruir las redes primarias de sociabilidad que el individualismo galopante ha pisoteado hasta destruirlas? ¿Será una invitación para reubicarse dentro de “otros” circuitos sociales, que no sean los de las leyes del mercado, del Estado o de la competencia inmisericorde por el *status* social?